algar

Colección CALCETÍN

Otto, el niño que llegó con la nieve

Laia Longan

Ilustraciones Jordi Vila Delclòs

Ocurrió un 29 de marzo, muy temprano, cuando Helena Altacima dio a luz a un varón blanco como la nieve, casi transparente, al que llamó Otto. Fue entonces cuando el cielo se cerró y las nubes se posaron en Imer, tapando por completo el valle. Pequeños copos de nieve empezaron a caer, incesantes, sorprendiendo al pueblo entero, que ya estaba preparado para el deshielo y la llegada de la primavera.

Más arriba que el vuelo de un águila, en el pico más elevado de las altas cumbres que rodeaban el valle, unos ojos grises miraban con gran destello hacia Imer, y unas manos largas y frías dejaron caer una pequeña semilla blanca, como si fuera un grano de arroz.

La pequeña semilla fue deslizándose entre los mantos de nubes, transportada por las corrientes de aire, meciéndose hasta llegar al fondo del valle, a Imer, justo encima de la cabeza de la profesora de música, Nieves, que se dirigía a visitar al recién nacido.

Nieves sonrió cuando los copos empezaron a cubrirle el pelo y las pestañas. Tras alzar la vista

hacia la montaña, cogió la semilla, que había quedado enredada entre sus cabellos blancos, y se la guardó en el bolsillo.

Cuando llegó a casa de Helena, después de saludar amablemente a todos los vecinos que estaban de visita, se acercó a la cuna con ternura y miró sorprendida los ojos de Otto. Eran de un tono gris tan claro que parecían incoloros. Entonces la señorita Nieves cogió la semilla y la colocó en una de las palmas arrugadas y cálidas de Otto. Este, sin pensarlo un momento, se puso la mano en la boca y se la tragó.

En ese instante, desde la más alta de las altas cimas que rodeaban el valle, unos labios pálidos y afilados sonreían de felicidad.

El día que Otto nació empezó a nevar, y desde entonces todavía no había parado. Ningún habitante de Imer supo explicar el porqué. Al principio todos pensaban que era un invierno muy largo, pero finalmente acabaron decidiendo que era cosa de magia, y dejaron de esperar la primavera…

1

–Sucedió, en aquellos tiempos en que el mundo todavía no era mundo, que el Viento del Norte tuvo una hija a la que llamó Quíone. Nació pálida y fría, como el mismo invierno, y la nieve la seguía a todas partes. Cuando la pequeña lloraba porque tenía calor o hambre, los copos caían rápidos y pesados como yunques. En cambio, si su padre la acunaba con una suave brisa o le susurraba una nana, los copos caían lentos y ligeros como plumas de gorrión. Mientras crecía, Quíone aprendió a controlar la nieve con tal perfección que esta la obedecía siempre. Y así, con el tiempo, se convirtió en la Reina de la Nieve. Fue entonces cuando conoció a Poseidón y la desgracia cayó sobre ella.

–¿Quién es Poseidón? –preguntó Otto la primera vez que oyó la historia.

–Poseidón era el Rey del Mar.

–¿Era malo?

–Eso depende de quien te cuente la historia. Ayudó a muchos con un solo golpe de arpón, pero también abatió a muchos otros, pues era capaz de hundir barcos con la palma de la mano y convertirlos en piedra.

A Otto le seguía fascinando la historia de Quíone y Poseidón, por eso, tarde tras tarde, le pedía a Nieves que se la contara de nuevo. Cuando Otto llegaba, Nieves ya tenía el té de grosellas recién hecho y los bollitos con mermelada de naranja fuera del horno.

Al principio, cuando Otto era pequeño, Nieves lo cuidaba todas las tardes, y, aunque ahora Otto se consideraba mayor –acababa de cumplir diez años–, continuaba pasando las tardes con Nieves, por la deliciosa merienda y por los cuentos. A Otto le encantaban los cuentos, y Nieves sabía contarlos muy bien. Tenía una voz profunda y modulada que inyectaba emoción, intriga y aventura a todo lo que contaba. Aunque era ya una señora de pelo blanco, se movía armoniosa como un gato, y nadie sabía tanto de hierbas y remedios. Todos en Imer

acudían a ella en algún momento, por una gripe mal curada o una migraña insistente.

Solo una tarde a la semana Otto iba a visitarla por obligación: el día de la clase de música. Sin duda, para Otto, era el peor día de la semana. No era porque le disgustara tocar la flauta; más bien le disgustaban los otros niños. Con ellos dentro, la casa le parecía diferente. Nieves vivía en las afueras de Imer, junto al viejo bosque de cedros donde nadie se atrevía a adentrarse; por eso, normalmente, la casa parecía un templo. Todo aquel ambiente hacía que Otto se sintiera calmado y feliz: la pátina de la madera gastada, el olor a verdor y a musgo que entraba por la ventana y la absoluta limpieza de la sala. Pero el día de la clase de música la casa se transformaba. Los gritos de los niños, las carrerillas y el calor que transmitían mareaban a Otto, que se quedaba en un rincón, como si estuviera en una casa extraña, y, mientras desenfundaba la flauta, trataba de imaginarse muy lejos de allí, en el mar, para conocer a Poseidón.

–¿Empezamos? –dijo Nieves.

Y la sala volvió a quedarse en silencio.

–Atentas las flautas. Primero entra el coro; después, en el segundo compás, las flautas, y por último se une el resto. ¿Listos?

Nieves alzó las manos con suavidad, tal como se movía, y, en cuanto las bajó, un pequeño coro inició la melodía; pero Otto seguía en otra parte, en algún lugar de las profundidades marinas, como si no fuera él quien tocara.

Cuando terminó la clase, ya casi era de noche.

Otto cogió el trineo y se escabulló con prisa, con un «adiós» inaudible, antes de darse la vuelta y salir por la puerta. En el porche lo esperaba Tizón, un mastín que lo acompañaba desde que Otto era un bebé.

–Vaya suerte la tuya –dijo Otto al ver a Tizón tumbado en el porche, espachurrado como una alfombra–. Anda, vamos. Hoy no hay carrera –dijo Otto mirando una de las patas del trineo, que estaba rota–. Tendremos que ir andando.

En la distancia, entre los copos, Imer parecía no existir. Solo unas tenues luces delataban que, a unos cientos de metros más allá, un pequeño pueblo vivía entre aquellas montañas inmensas. En ese momento, cerca del atardecer, las calles blancas se iban cubriendo de una neblina fría y espesa, y el silencio era tan denso como la niebla que lo rodeaba. Aquello le gustaba a Otto: tenía la sensación de que las calles

lo abrazaban, que nadie lo veía y que estaba a salvo de cualquier cosa. Por eso, cuando, ya en Imer, Otto oyó unos pasos lentos y torpes que se acercaban, cambió de dirección lo más rápido que pudo.

–Esta nieve no se va a acabar nunca… –oyó que decía la señora Ana Lys, la bibliotecaria de la escuela, a pocos metros de él.

Odiaba tener que saludar a la gente y ser amable con algunos vecinos antipáticos como la señora Ana Lys. Iría a su casa por el camino de fuera, seguro que así no tendría que cruzarse con nadie.

–¡Otto! –le gritó una voz familiar–. Apenas se te ve, muchacho. Si no fuera porque te acompaña Tizón…

–¡Ah! Hola, Terri.

–¿Se puede saber qué te pasa? –le dijo Terri bajándose del quitanieves–. Espera, no me lo digas. Vienes de la clase de música. ¿A que sí?

Otto asintió.

–Eso se pasa con una bajada de trineo.

–No creo que pueda –dijo Otto mostrándole el trineo–. Mira la pata.

–Una carrera con Tizón, ¿verdad? –dijo Terri acariciando al perro.

–No vi la piedra. Creo que esta vez ya no se puede arreglar.

Terri le cogió el trineo y, tras examinarlo, alzó los ojos y esbozó una sonrisa burlona.

–¿Qué te juegas?

Pero Otto no iba a jugarse nada con Terri. Lo conocía muy bien, puesto que era su mejor amigo, y sabía que Terri encontraba soluciones para todo.

–No te preocupes. Si esta noche me acompañas a una última ronda con este trasto –dijo Terri señalando el quitanieves–, te prometo que te lo dejo como nuevo. Y ahora sube, que te llevo hasta casa. La nieve empieza a apretar y se me va a acumular el trabajo. Parece que el día está tan torcido como tú.

Cuando llegaron, ambos se fijaron en la casa del viejo Phileas. El viejo Phileas había sido el vecino de Otto durante algunos años y, desde que se marchó, la casa estaba deshabitada. Por eso Otto tuvo que mirar dos veces el enorme camión aparcado delante del portal de Phileas. Solo a la segunda consiguió leer el rótulo impreso en el lateral: «La Mar Salada. Mudanzas». Al leer la palabra *mar*, Otto sintió un escalofrío en la espalda.

–¿Habrá vuelto el viejo Phileas? –dijo Terri–. Cuando se despidió no tenía intención de volver.

–¿Por qué se marchó?

–Supongo que un día no pudo más de tanta nieve.

–¿Mi padre también se marchó por eso?

–No lo sé, Otto.

–Pero ¿tú qué crees?

–Eso es muy difícil de contestar.

Cuando Otto entró en casa, la sala estaba cubierta de humo y un fuerte olor a quemado penetraba por todas partes.

–¡Mamá!

–Hola, cariño. No pasa nada. Intentaba hacer un pastel de manzana –dijo Helena.

–¿Otra vez?

–Sí, ya lo sé, me he vuelto a despistar. Es que hoy me duele la rodilla más de lo normal. En la tienda hemos hecho un inventario interminable. Cuerdas, mosquetones, anoraks, botas…, y me he pasado el día subiendo y bajando escaleras.

–Mamá, hablas como una viejecita.

Helena se volvió hacia la vitrina, que estaba llena de trofeos de escalada y medallas.

–Si no fuera por esta rodilla…

Pero enseguida se dio la vuelta y se acercó a Otto.